



La biblioteca de David recomienda ...

DAVID FIGUEROA



Jazzamoart

La edad de la punzada. ¿Quién no recuerda las travesuras de una etapa soñada en la vida? Como una máquina del tiempo, así, nos transporta Xavier Velasco a nuestra infancia-adolescencia, para recordar todas las peripecias que se cometían en la escuela, en el barrio y en el hogar.

Cada hoja de la lectura nos invita a seguir adelante y terminar de regocijarnos con las travesuras de Xavier, un niño como cualquier otro, que goza de una posición estable en casa pero que en el colegio resulta todo lo contrario; en las aulas se desarrolla gran parte de su frustración al no poder aprobar las materias de manera ordinaria. Conforme reprueba cada asignatura, Xavier se vuelve un objetivo del resto de su clase y de la escuela misma (hasta del Director del colegio) por lo que se hunde cada vez más al no tener alicientes que lo rescaten de su tragedia.

Pese a ello, en su barrio, Xavier es popular entre sus compañeros de colonia pero su mundo cambia cuando, sin tenerlo previsto, se topa con un rostro angelical, una joven que lo eclipsa de forma irracional al punto de establecer una obsesión por ella; al tiempo, descubre que la chica posee otros gustos y acepta su destino. Poco después,

comienza una fiebre por las mujeres, se enamora una y otra vez de cuanta muchacha le agrada para convivir con ella “toda una vida”; sus hormonas lo llevan a espiar -inclusive- a las dos trabajadoras domésticas que laboraban en su casa y por las cuales tenía especial afecto.

Una motocicleta y posteriormente un auto, regalo de sus padres, fueron los grandes alicientes que impulsaron a Xavier para poder escapar de sus frustraciones estudiantiles y sentimentales; sus amigos, como era en antaño, solían acompañarlo por las tardes para ir a ver a la mujer amada; la complicidad era parte de estas etapas de la vida. Ejemplo de lo anterior, resulta en sus escapadas con las mujeres “de vida galante” con quienes Xavier decide explorar sus caricias y recrear el mundo que sus amores platónicos han desperdiciado a su lado.

Aunque el joven protagonista poseía una vida en cierta forma acomodada, resulta que un buen día su padre se ve implicado en un problema legal que lo lleva a prisión y entonces la oscuridad se acrecienta en él y en su madre al permanecer solos por un buen tiempo. Atormentado por esta cuestión, Xavier aprende a vivir y sobrellevar una nueva faceta de la vida, a la que considera abrupta y cruel pero a la que tiene que sobreponerse para llevar una vida medianamente normal ya que no deseaba que nadie se entere de tan desdichado episodio.

A través de estas peripecias, es que Xavier Velasco nos envuelve en una historia que -de manera personal y sin saberlo- pareciera una mezcla de imaginación con hechos biográficos -que pudieron acon-

tecerle en su etapa más sensible, en ésta en la que como todos nosotros, se forja lo que será nuestro ser para el resto de la vida.

De esta forma, el adolescente Xavier nos muestra las diferentes etapas de ese mundo maravilloso por el que pasamos todos y en el que los vaivenes lo llevan de un estado de ánimo a otro; tal vez, el más crudo suceso y que el autor nos hace parte de él (ya que su estupenda escritura hace que nos sintamos parte de su desgracia) son los momentos cuando el padre del personaje principal es llevado a la cárcel y donde el joven y su madre tienen que dejar sus ataviados emolumentos, su forma de vida elegante para vivir como cualquier persona de clase media. Asimismo, cuando el padre es liberado y sin importar lo demás, el calor de hogar y la relación familiar, cobran especial atención en la trama.

La edad de la punzada se convierte en una novela que explora y revive las relaciones familiares, las personalidades, los hechos, los enemigos, la amistad, el amor, el sexo, el ambiente, el barrio, la aventura, el éxtasis, el perro fiel, el primer carro, los viajes en moto y el gusto por las chicas que sin duda alguna, el lector compartirá una y otra vez haciendo una retrospectiva a esa parte de nuestra vida en la que pensamos que el mundo era más pequeño de lo que es hoy; de ese mundo que nos lo comíamos lo más pronto posible; de ese mundo que es sólo de aquellos de quienes no han dejado de soñar, porque cuando eso falta, el hombre deja de ser él mismo. 🐱

La edad de la punzada. Xavier Velasco. Alfaguara. 2012, 406 pp.
dfigueroah@yahoo.com.mx



Querido compañero poeta: Roberto López Moreno

MARCO FONZ

Poeta, le escribo estas palabras como si continuáramos la conversación que hace años comenzó y que afortunadamente no ha dejado de fluir, tanto en verso, en prosa, en la vida diaria; y aún escrita en las lejanías cercanas que tiene todo viaje. Todo viaje es una experimentación interna y externa, no hay desperdicio en la escritura que busca, y tú

has sido un buscador incansable de lenguajes y formas.

No recuerdo bien cuándo fue que nos conocimos, ¿lo recuerdas tú? Y si no lo recordamos será porque constantemente nos reconocemos en el ir y venir de la poesía. ¿Fue en Chiapas o en la ciudad de México? ¿Estábamos en la presentación de algún libro o en alguna reunión de poetas? Tal vez ese calor de la ciudad de Tuxtla y ese olor tan particular que tiene ese punto del estado chiapaneco me trae algo a la memoria y me dice que fue en un museo, en un encuentro de poetas y que tampoco recuerdo el año.



Aída Emart

Pero ¿no es natural que el que se conoce con conocimiento de tiempos espaciales, al final de cuentas se ha conocido tanto como se irá conociendo en los futuros del hoy? Toda relación entre poetas es un conocerse renovado e infinito.

Por eso celebrar ser parte, de alguna forma modesta, de tu memoria escrita y tus recuerdos de vida, me sitúan en el gran gozo creativo; y en celebrar junto con amigos y lectores, el homenaje que hoy nos reúne.

Homenaje bien merecido y bien ganado por tus más de cincuenta libros publicados. ¡Vaya que eres un hombre de letras y de palabra!

Sabemos querido amigo que los homenajes pueden ser de bronce en el sueño del aire y que es el celebrar la reunión del poeta con su obra lo que más deberíamos de acompañar. Pero siempre es bello para la lágrima del tiempo, que la sonrisa se vuelva líquida y el aplauso alma, para seguir alimentando la tierna tradición del poema.

Te contaré querido poeta que desde antes de conocerte ya te leía o más bien leía entre tus versos tus trabajos y tus días, tus urdimbres e hilos escogidos entre los colores de las letras, entre el cielo del colibrí y la tierra de la iguana y leía lo profundo que es y debe ser la construcción de un poeta.

Te has construido a ti mismo poeta. Y compares ese descubrimientos de ti y de tu ser, y lo prodigas para que otros sedientos vayamos a beber de tu fuente vital y lúdica.

Tu obra, monumental en volumen, verosímil y

verdadera en la acción de la poesía, permite acompañar entre tus versos gran parte de la historia de la poesía mexicana.

Si es justo podemos decir como ya otros lo dirán que has incursionado en casi todos los géneros de la literatura.

Cuando entré a tu obra, creí felizmente ser un afortunado, por fin conocía a un escritor como aquellos escritores nacidos y formados en el siglo XIX. Escritores que no tenían ningún miedo a la vida. Escritores que se lanzaban directo y a pleno vuelo a VIVIR, y esto con mayúscula. Un escritor vivo y con un destino maravilloso de construcción de su persona en carne y hueso, en vísceras y sangre, en sueño y verso.

Así, al ritmo de un bongó, de un danzón, de un canto negro, nos cantabas sobre la noche y sus misterios, sobre el manco que arde loco en su genio, sobre los murales en movimiento de tus poemurales, sobre los trópicos y las ciudades sobre negridas y su enigma. Si fueran justas las comparaciones, Saint-John Perse dialogaría con tu obra en un jardín bíblico y con danza de las llamas de la creación primera.

En este punto no se podría considerar que pasas desapercibido en el ámbito de la poesía mexicana. Por el contrario, tu obra y tu nombre son referencia obligada para quien quiera ver en práctica todas las formas del verso, desde los versos más clásicos hasta la experimentación matemática, musical, casi un noise, y la práctica de un idioma personal y es-



pacial que claramente se puede identificar con un estilo propio y particular y que podemos decir con seguridad que fue escrito por López Moreno.

Desde mi más revoltoso comienzo de poeta en la tierra de los poetas, tu verso siempre ha sido una compañía de emociones. Aunque algunos amigos en Chiapas te mencionaban como el bongosero de la poesía, como si marcar el ritmo de esa forma fuera algo malo o de risa. Yo por supuesto me reía de ellos y salía feliz con mi libro de Roberto López Moreno.

Sabes también mi querido poeta que te debo varios apoyos en la vida diaria, que gracias a ti conseguí casa y nada menos que la casa-estudio del pintor José Hernández Delgadillo. Una tarde en el café de Coyoacán, platicábamos y me presentaste con la hija de Hernández Delgadillo, quien con gusto y con la confianza de ser tu amigo, ofreció la casa-estudio de su papá y así fui a dar a vivir unos meses al Ajusco medio.

Comprobando en esa ocasión y otras tantas veces, que tu palabra está unida con tus acciones y que eso en un poeta se agradece y se comparte hasta el grado de saber que eres un humanista de hueso colorado.

Así mi querido poeta tanto en palabra como en acciones has demostrado incansablemente tu ser noble y brillante.

Cuando supe de tu boca la existencia de Juan Bautista Villaseca, primero pensé que era un heterónimo tuyo, pero al ver después las pruebas de la existencia de tal poeta, pues me dediqué a es-

cucharte como un infante atento, todas las anécdotas que Villaseca y tú compartieron en vida como en versos.

Así que mi querido poeta, el homenaje en Chiapas, el homenaje en México, D.F., los homenajes que te hacen en este momento en el Instituto Politécnico Nacional, son producto de tu propia luz.

Luz incansable y reflexiva, luz indicadora que demuestra que el poeta es parte importante de toda respiración humana. Que un poeta como tú, poeta-universo, poeta-demiurgo, poeta-camino místico, tienen tanto, y tanto de todo que lo comparten a manos e imágenes llenas.

Diré un poco aventado por la lejanía, que aún hoy no he podido conseguir un prólogo de tu tinta hacia mis poemas, jajaja, pero espero en algún momento futuro, conseguirlo. Ya que esas palabras escritas por ti hacia algo escrito por mí, tendrían tal vez un destino como el dios Jano. No lo sabremos hasta que en algún momento llegue a escribir algo que te agrade y que pueda contar con tu compañía poética.

Poeta de la tradición de los poetas libres y liberadores de pensamiento, poeta natural como el océano. Un poeta que vibra y hace vibrar cuando canta en sus lecturas de poemas. Me imagino un bardo griego o medieval o vanguardista, o mejor un Poeta, así con mayúscula, invitando con su voz y sus versos a seguir construyendo en sueños todo lo mejor de ambos mundos, el onírico y el humano.

Vapor de un barco astral, grito en amable desesperación, carne sagrada en la voz del poeta.

Bueno pues es momento ya de parar mi salutación desde Quito. Sabes que siempre estaré atento a todo lo que se diga, hable, hagas o publiques. Sabes que mi admiración no es hueca y mis palabras no son carrizos. Sabes querido poeta que la conciencia es parte del destino y que son indivisibles.

Que el amigo azar, causante de alguna manera del que yo esté aquí, y los amigos de Metáfora hoja de poesía, que me invitaron para hablar contigo y de ti, me han colocado en una posición existencial que agradezco desde lo más profundo de mi ser hasta los más claros versos de tu poesía.

Así mi querido amigo, mi poeta, mi viajero, me despido por este momento. Pues sé que aunque no esté seguro de cómo te conocí, siempre estaré seguro de que seguiré leyendo tus poemas, historias, cuentos, ensayos y experimentos. Y estaré seguro de que cada vez más personas compartirán tu obra y creación y que seguiremos conversando con obra, palabra y pensamiento.

Recibe pues un gran-gran abrazo desde la poetada vida. Y a seguir celebrando tu obra y tu vida y a seguir escuchando para aprender y quedar prendado de luz y sabiduría. 🐱

Gracias.

Quito, Ecuador, 2013 .



Guillermo Ceniceros



Estudios entre tablas*

CARLOS FERRER



Leticia Tarragó

Quince artículos sobre autores, obras y tendencias escénicas del teatro español desde Benavente hasta Cabal con un prólogo de Jacques de Bruyne insulso. Éste es el contenido del nuevo libro del profesor Rodríguez Richart, en el que se compilan ponencias y artículos dispersos, datados entre 1965 y 2010. El objetivo de la publicación es hacerlos accesibles y ponerlos al alcance del interesado, como apunta el autor. Por ello, no se entiende por qué en unos artículos están traducidas al español las citas y en otros se mantienen en el idioma extranjero original, lo que conlleva que ese público interesado en el tema pueda no saber leer esas citas. Si bien la vigencia se ha perdido con el paso de los años en cuanto a los aspectos biográficos y bibliográfico, al no estar actualizados, el libro interesará a los lectores que quieran conocer una aproximación crítica a lo que fue el teatro español del s. XX.

Del vallisoletano José Luis Alonso de Santos se estudian *Viva el Duque*, *nuestro dueño* y la miseria de los cómicos a fines del s. XVII, *La estanquera de Vallecas* y su lenguaje barriobajero, su comicidad, su ironía y su sarcasmo, la tragicome-

dia *Trampa para pájaros* como espejo de la sociedad democrática, *Vis a vis en Hawái* y el desenmascaramiento progresivo de la identidad de una mujer, la turbulenta comedia de enredo *Dígaselo con Valium* y el sentido lúdico del juego teatral, el monólogo metateatral *La sombra del Tenorio* como homenaje a D. Juan y *Hora de visita*, tramada sobre el trasfondo trágico de un suicidio frustrado. Estamos ante un ramillete de protagonistas que suelen ser marginales sociales con el humor como denominador común. No obstante, queda obsoleta la división en “etapas” del teatro de Alonso de Santos por la no actualización de los artículos, como ya se ha indicado.

De Fermín Cabal se analiza *Tú estás loco, Briones* y el problema de la identidad nacional durante la Transición española personificado en el franquista Faustino, mientras que del desconocido Lorenzo Fernández López se razona *Años de ceniza*, la cual dramatiza ese problema de identidad nacional, pero en el seno de una familia de emigrantes. En cuanto al teatro de Miguel Ángel Asturias, Rodríguez destaca su magia como antítesis de la religión cristiana y su compromiso responsable en coexistencia con elementos de carácter social e indica que es “menos importante que su obra narrativa” al carecer de ese “lenguaje plástico y vivificador del escritor”. Lamenta Rodríguez que no se estudie el teatro del guatemalteco, pero el problema es que el teatro no se lee, como tampoco prácticamente no se edita ni se estudia. Los motivos son harina de otro costal.

Si el valor de un autor se puede contrastar por la difusión de su obra y su permanencia en el tiempo,

la de Jacinto Benavente apenas ha tenido repercusión en Alemania, donde se le han traducido únicamente siete obras (como se asevera en uno de los capítulos) y no todas se han estrenado, siendo la más representativa *Los intereses creados*. Respecto a las siete cartas (1952-1957) de Alejandro Casona al matrimonio de actores Pastor Serrador y Luisa Sala, nos encontramos con un dramaturgo asturiano delicado de salud, radicado en Buenos Aires, nostálgico, lamentando que no le estrenen en Estados Unidos y que no le paguen los derechos de autor por sus estrenos internacionales. También podría quejarse de que apenas le estrenan Lidia Falcón, cuyo teatro es un arma más en su defensa de los derechos de la mujer. De la feminista se explican las seis piezas publicadas hasta el 2000, fecha de escritura del artículo compilado, y se incide en que los personajes femeninos son víctimas de la violencia machista y de la hipocresía del hombre, quien abusa de su posición de privilegio. Rodríguez destaca que no hay innovación formal en el teatro de Falcón, aunque sí “cierta habilidad constructiva” y resalta la constante crítica al patriarcalismo imperante, el compromiso sociopolítico de Falcón y su inconformismo y por ello la encuadra Rodríguez en el teatro de los cincuenta.

En el artículo sobre las direcciones principales del teatro español desde 1950 hasta 1965, Rodríguez distingue entre teatro comprometido y realista, teatro de evasión, teatro de humor y la vieja escuela dramática. En el primero razona el debate sobre el posibilismo y los grupos de vanguardia que impulsó Alfonso Sastre, elogiando *El tintero* de Carlos Muñiz pero rechazando *Las viejas difíciles* del mismo autor. En el segundo



destaca la preponderancia de la comedia fina, ligera, estilizada, irónica, tierna y optimista, encuadrando en ella a la otra generación del 27 y a Alejandro Casona, aunque rechazando contradictoriamente para este dramaturgo la etiqueta de “evasivo”; Casona no fue “maestro y guía de una generación, cabeza visible de una escuela” aunque quizá en 1965, fecha de edición del artículo, se pudiera tener esa sensación. En la tercera dirección, la del teatro de humor de escasas pretensiones literarias, Rodríguez enmarca a Antonio de Lara “Tono” y a Carlos Llopis, entre otros; y en la cuarta se engloba a Joaquín Calvo Sotelo, Luca de Tena y Pemán, epígonos de Benavente, del teatro burgués y de salón, pero de mayor nivel literario que el anterior según Rodríguez. El prolífico Alfonso Paso no queda encuadrado en ninguna dirección en concreto, Rodríguez lo adscribe a las cuatro y señala que “ha animado y vivificado mucho el apagado y gris panorama del teatro de la postguerra”. Sin embargo, Paso sólo animó las taquillas de los teatros. A Paso, junto a Enrique Jardiel Poncela y Miguel Mihura Santos, lo aborda Rodríguez en otro artículo sobre el humor en el teatro de la posguerra, encuadrándolo esta vez en la generación realista de Lauro Olmo, Muñiz o Ricardo Rodríguez Buded, al que a lo sumo sólo perteneció en sus inicios, puesto que después abrazó los gustos del público y se decantó por un teatro comercial y acomodaticio hoy defenestrado y vilipendiado.

De Antonio Buero Vallejo se repasa su recepción literaria en Alemania, la pieza teatral *El tragaluz* y la evolución de su creación dramática hasta *Jueces en la noche* (1979). Una creación dramática, moralista

y simbólica, marcada por la significación ética y la esperanza, por el posibilismo y por una inquebrantable conciencia trágica. La llamada generación realista y su tratamiento teatral de la historia conforman el contenido de otro de los artículos incluidos en este *Teatro español e hispánico. Siglo XX*. En dicho artículo se centra la atención, tras fijar el concepto de teatro histórico (“se cuentan las cosas como si ya hubieran pasado y así se soportan mejor”), en *Un soñador para un pueblo* de Buero Vallejo y en *Crónicas romanas* de Sastre, porque ambas están “expresadas en lenguaje moderno y concebidas con moderna mente” y porque la historia que reflejan es la génesis de algunos problemas actuales.

Finalmente, el Nuevo Teatro Español, que perduró como tendencia unos diez años, ocupa otro de los capítulos del libro, haciendo hincapié en su propuesta renovadora y contestataria, en la superación de la estética realista imperante, en el fracaso de público granjeado, en los problemas constantes con la censura y en la concepción del texto teatral como un elemento más en la consecución del espectáculo teatral y no tanto como literatura dramática en sí. Rodríguez argumenta semejanzas con el Teatro Independiente y diferencias respecto al movimiento anterior, el teatro realista, porque en literatura el hijo (en este caso Jesús Campos, Alberto Miralles, López Mozo, Romero Esteo, Martínez Mediero y demás) siempre tiende a matar al padre. 🐱

José Rodríguez Richart. *Teatro español e hispánico. Siglo XX*. Verbum. Madrid, 2013. 416 pp.

Un día un río

A quince años de la muerte de Jaime Reyes (D.F., 1947-1999)

ROBERTO BRAVO

En *Un día un río* Jaime Reyes urde y teje su poemario desde la penumbra, bajo la escalera de una vecindad, en un cuarto donde la soledad se puede romper con sólo recibir una llamada, en calles donde la basura quedó atrapada entre la lluvia y el pavimento o bajo las ruedas de un auto. En este espacio donde le es tan difícil proyectar la ira, hacer la síntesis de lo que sus sentidos perciben de una realidad apabullante por la rapidez y fuerza con la que se presenta, por lo tortuoso, por ser la ciudad de México con sus vapores sifilíticos, su inhumanidad, la vileza con la que se hacen trizas las ilusiones y los sueños de miles que chocan contra el acero de otras necesidades espurias que imponen el odio, la rabia, la impotencia, una enfermedad que provoca que nos refugiamos bajo unas sábanas sucias o en un auto leproso o en la familia que se diluye y que nos hace preguntar si verdaderamente la necesitamos, si no ¿por qué entonces tanto vano afán que en un susurro desesperado hace al poeta, deseado re-



Carlos Pérez Bucio



nacer, volver a vivir?, aunque sabe que nos es posible porque una vez que las aguas corren hacia el mar no hay regreso, el río se ha salido de madre, además, y lo arrasa todo. En una orilla, la voz, da la espalda al torrente para situarse entre los pequeños, los insignificantes y habla con ellos y consigo con ternura,

*Hormiga: Deseo que la tomes en calma.
Estoy sitiado aún por el río como el mar
embravecido en que vamos y que busco
en la ciudad; la gabarra
enmohecida, sabrás hormiga porque
la orilla del restaurante éste es
igual que aquella, tarde y noche
de ni ahora ni nunca: un sueño pues.
Como es imposible ahí ocultar
estas cosas y las otras, cicatrices
de humeante borboteo rojo
de mis hijos, araña,
esta carta te pido y pago
por no verme conmigo: renacer quiero.*

Duele la vida, sabernos un bien mostrenco que nadie reclama y que desde nuestro, breve e iluminado pedazo de calle, allí donde estamos depositados, para mal o para poder hablar con las paredes y los bichos que transitan y que nos reconocen, apenas nada, un instante dura la mirada que nos dispensan y damos, nuevamente reconociéndonos huérfanos, poetas con un mendrugo que ofrecer, el rincón de un cuarto donde no suena el teléfono, vacío de amigos y una mesa donde:

*Quedaron algunos papeles, prueba que son
de que a éste lo consumió la aurora.*

*Puede que no recuerde,
pero que nadie se nombre a engaño
cuando lo vean pasar escaleras abajo
pidiendo su perdición.*

Madre no tiene.

Es un ilustre muerto su padre desconocido.

*Cuando llegue la luz,
dorada niña de mujer morena y trigo
cayendo en sus matorrales; y barra con su hogaza
[de cuerpo
este cuarto de pobres; y traiga las preguntas
en que nos volvemos respuesta.*

Porque esta ciudad entre otras cientos de miles de cosas es también una cinta donde envés y revés son la misma cosa y es que al vernos en el rostro de una mujer nos descubrimos pobres, tan humildes de ser nosotros mismos, pobres de ese bien tan necesario y es que el hogar lo consume todo, y una mujer ya no es una mujer, la pared, los cuadros nunca derechos, una servilleta con un tenedor puesto en ella y un limón abandonado:

*Por la taza que limpia
das a tus hijos
y bebes tú misma
por las ventanas ciegas
tus vestidos fríos y polvosos
por el baño de la casa
en que te desnudas.*

Somos tanta ruina todos que al elegir la calle por guarida al compartirla involuntarios con la fuerza y los colores de las mercaderías, el sol termina por marchitarlo todo. Es el optimismo tan escaso, tan poca cosa, ha dejado sucias las aceras porque lo nacional, lo popular, el folklore no da para más, no somos otra cosa, bípedo implume con los bolsillos rotos y los puños apretados y con eso resistimos hasta dar en el suelo, desangrados, convertidos en multitud, en historia que se repite y todos los años recordamos:

Buscando un sol

informe y pesaroso

carnada de días feroces

--perfil de calle a la sombra—

mi trayecto y mi oficina

informe y pesaroso

membrillo soy

esta ala escondida de oreja hoja, de hoja oreja

un gato

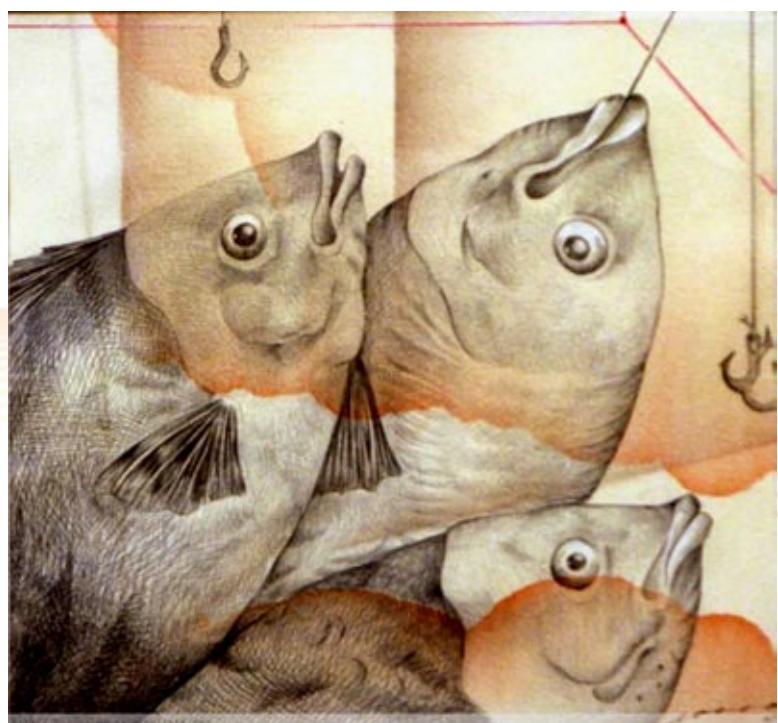
de pez entre mi boca.

Un día un río de Jaime Reyes es un relámpago perfectamente trazado que ramifica sus líneas y nos alcanza a todos en el horizonte oscuro de nuestra gran capital iluminándola.

Jaime Reyes murió en 1999. Apenas si lo conocí 20 años atrás, unos cuantos minutos que me concedió elusivo, desconfiado e irónico dentro de una chamarra de cuero, delgado, salido de un cuadro de Saturnino Herrán. Había publicado ya *Isla de raíz amarga*... Lo vi en las inmediaciones de la Casa del Lago, se diría

así mismo y lo verían los demás un paseante por Chapultepec con un libro y un cuaderno fuertemente asidos por su mano que se llevó al pecho cuando volteó de perfil hacia mi para auscultarme y después con la otra mano tocar su bigote, mirar al piso y decir las pocas palabras que me dirigió. Moreno, aceituno, siguió dubitativo después que nos despedimos. Arma y escudo, el cuaderno y el libro asociados a su imagen en el recuerdo, entre la penumbra de los árboles ese medio día, alrededor de paseantes y al fondo los remeros en sus lanchas por el pequeño lago es lo que conservo de lo que era él en esos días. No se puede morir siendo tan joven, menos un poeta como Jaime Reyes. Quienes lo admiramos, estamos seguros que él y su obra vivirán muchos años de larga vida. 📖

Nota: *Un día un río* es el libro de poesía póstumo de Jaime Reyes, fue editado en 1999 por Editorial ALDUS. Tiene 100 páginas distribuidas en siete partes, un prólogo magnífico de Carlos Monsiváis y un epílogo excelente de Adolfo Castañón. El diseño del libro es bello como su contenido.



Rocco Almanza

